

Príncipe de más ingenio natural y fe católica de su siglo, ya que entonces hubo de ser el único elegido y hallado apto entre los Príncipes cristianos para volver al gremio de la Iglesia el reino de la Gran Bretaña.

IV.

MÁS ELOGIOS.

Es imposible, repito, dar cabida en el corto espacio de estos capítulos á quanto los antiguos escritores dejaron dicho en honra del Rey Prudente. Pero á pesar de todo, ha de lograr en ellos asiento especial aquel teólogo sapientísimo, doctor y decano de la Universidad de Salamanca, el célebre León de Castro. El cual, en su obra profunda, *El Apologético de la lectura apostólica y evangélica de la Vulgata y traslación de los LXX*¹, hablando al fin de la dedicatoria á D. Felipe II, le dice de esta manera: «Creemos que por disposición de Dios Sumo han venido á tus manos las riendas de tantos reinos para que levantes lo caído, reunas lo desparramado y pongas diligencia en que con la fe santa sean nutridas las nuevas iglesias de la Religión cristiana, ahora nuevamente fundadas. Para esto te llama Dios, oh Rey; para que ordenes estas cosas y reprimas la muchedumbre y los insultos de los enemigos. *Concédate vida el Rey de reyes para que conserves la doctrina católica y la extiendas hasta los últimos confines de las tierras, que así acabarás de extinguir las catervas de herejes, hermanos de los judíos. Vale.*» Estas y otras semejantes frases va dirigiendo á D. Felipe el sabio León de Castro al principio de aquella su imperecedera obra, y con

¹ «Apologeticus pro lectione apostolica et evangelica pro Vulgata Divi Hieronimi, pro translatione LXX virorum..... Authore Leone Castro, ingenuarum Artium et utriusque Philosophiæ Magistro et patrono et Sacrosanctæ Theologiæ Doctore; Collegii Theologorum Salmaticensis Academiæ Decano, Canonico Sacrarum litterarum interprete in Sancta Ecclesia Vallisoletana.—Cum privilegio.—Salmaticæ, 1585.»

ellas significando que tales eran los oficios del Rey Prudente en el siglo de las grandezas españolas¹.

Y aquel tan celebrado jesuita, el Padre Juan de Torres, para que nada faltase en la persona de Felipe II, enseña en su *Philosophia Moral de Príncipes*, que hasta en conocimientos de Geometría fué sobresaliente este Católico Rey. Ya en el comienzo de estos capítulos se contempló á D. Felipe II estudiando matemáticas con el insigne Siliceo. Y ahora resulta, que alabando Juan de Torres á los Príncipes versados en la Geometría, escribe el párrafo siguiente poniendo á D. Felipe como buen modelo de todos ellos: «De lo mismo puede ser muy alabado el Rey nuestro Señor D. Felipe II deste nombre, que, ó por su estado particular, ó por el largo ejercicio de edificar, ó por su ingenio natural, ó por todo junto, que es lo más cierto, sabe lo mejor de aquesta arte con tanta curiosidad como cualquiera de los maestros que la profesan»². Consultado además este mismo libro de Príncipes en su primera parte, hablando de la mucha piedad y fe que deben de tener los monarcas, escribe así: «Pero ninguno me parece que llega al del cristianísimo Rey Philippe II deste nombre, el cual el año pasado de 1585 habido pleito entre el Arzobispo y el Virey sobre la preeminencia de la paz en la Misa, recayendo después sentencia á favor del Virey, cosas todas ellas que el Rey sabía, asistió á la catedral Su Majestad. Como era justo, fueron á ofrecerle la paz en primer término. D. Felipe entónces, sin querer aceptar, le dijo al ministro santo que se la traía: «Andad y dádsela primero al Arzobispo.» «Y la gente, añade Juan de Torres, no cesaba de loar la piedad de tan gran Monarca y la religión de Príncipe tan cristiano»³.

Conste también para mayor solidez y coronamiento de este capítulo el testimonio y autoridad de uno de nuestros teólogos

¹ «Ad Philippum Secundum Hispaniarum Regum Maximum, insularum Orientis et Occidentis dominatorem, Reipublicæ Christianæ pene dixerim Monarcham Leo Castrus Canonicus Ecclesiæ Vallisoletanæ Scripturæ Sacræ interpres.»

² *Philosophia Moral de Príncipes para su buena crianza y gobierno...* compuesta por el P. Juan de Torres, de la Compañía de Jesús, dirigida á D. Gomez Dávila... Burgos, 1602. Libro VI, pág. 308.

³ *Philosophia Moral de Príncipes*, lib. II, pág. 107: Burgos, 1602.

y canonistas más profundos, que como testigo de vista da fe de cuanto queda afirmado sobre las buenas dotes y cualidades del Rey Felipe II. Es el famoso doctor Navarro Martín de Azpilcueta, quién siendo ya muy viejo, y por consiguiente de mucha formalidad y desinteresado, tuvo ocasión de ver y conocer á Su Majestad y tratarle muy de cerca con motivo de la ruidosa causa del Arzobispo Carranza, allá por los años de 1564, época, como se ha dicho, en que pinceles modernos dibujan á D. Felipe viviendo vida licenciosa. Mas la pluma admirable del doctor Navarro le defiende también de tales calumnias, adornándole con muchas virtudes. Y empezando por la religión que las abraza á todas, dice el célebre canonista, que de tal modo brilló en el Rey esta virtud, que le hizo *superior á todos los reyes, príncipes y magnates de aquel tiempo*¹. Afirma que en castigar, reprimir y perseguir al error y á la herejía, no tuvo rival el Rey Prudente². Pondera asimismo su prudencia, calificándola de *extraordinaria*, y con la cual conservó en orden y prosperidad la multitud de sus reinos tan apartados unos de otros³. Alaba en gran manera su justicia, que á pesar de tantos tribunales y gobiernos particulares de sus Estados, se administraba siempre en defensa y guardia de la inocencia, y en castigo de la perversidad y gente perdida⁴. Dice también el celeberrimo

¹ «Religio autem (quæ máxima est virtutum moralium) adeo in eo resplendet ut in sacris mira cum animi attentione audiendis cæremoniisque sacris servandis omnes quotquot viderim reges, regulos, et alios principes viros superet.» Primer tomo de las obras de Martín Navarro de Azpilcueta, pág. 332. Cuestión 1.^a, Lyon (Lugduni), 1589.

² «In puniendis vero, fuganda extirpandaque hæresum peste neminem habeat parem.» Navarro de Azpilcueta, Ibid.

³ «Tam rarissima vero præminet in eo prudentia... quod quam plurima eademque maxima regna... longissimis terrarum mariumque spatiis a se invicem distantia, pacatiora et in officio sibi audientiora á multis, iam annis continet...» Azpilcueta ibid.

⁴ «Sane iustitia..., adeo in eo resplendet, ut vix unquam ullus in eius imperiis et regnis... tutiorem inter improbos innocentiam servavit... neque minus ulli indicum insinuaverit utri partium maluerit favori. Vix enim unquam ulli delinquenti, iuxta causa et sine iuxta causa et sine laesi consensu ignoscit: nec e contrario quiquam concurrentibus his veniam negat.» Navarro de Azpilcueta, Ibid.

jurista que el Prudente Monarca fué tan amantísimo de la verdad, que jamás, ni de veras, ni por broma ó jocosidad, pronunció mentira leve ni grave; siendo de advertir que apartaba lejos de sí y no perdonaba al hombre falaz y embustero¹.

Trata después Martín de Azpilcueta de otras dotes y cualidades personales de Felipe II, que sería prolijo copiar aquí; pero no es posible pasar sin advertir que pondera muy altamente la fortaleza y el valor de S. M., desmintiendo así á quienes le apellidan tímido y apocado. Y añade, que la fortaleza del Rey era grande, no solamente en sufrir y resistir callado, sino también para combatir y guerrear². Declara además que la grandeza y alteza de su real ánimo para con los suyos y los extraños superó á todos los Reyes sus predecesores³. Da en rostro igualmente á los enemigos de D. Felipe que lo representan intratable y feroz; porque dice que su modestia y temperancia fueron *insignísimas*, sin haber comido ni bebido un día más que otro desde su niñez; ni tampoco reprendido, ni dicho palabra de ira, ni de ofensa á ningún súbdito suyo, ni siquiera á sus criados⁴. Confiesa de igual manera que don Felipe oía y daba audiencia á todos sin excepción, y esto «Cum

¹ «Veritate autem adeo pollet ut numquam neque serio, nec ioco, neque in magnis, neque in parvis rebus mentiatur, mendacesque omnes habeat exosos...» Navarro de Azpilcueta, Tract. de rebus ecclesiasticis. Quaestio 1.^a, pág. 332, Lugduni, 1589, tomo I.

² «Quod ad fortitudinis virtutem attinet, demiror esse, qui eum imbellicae insimulent, quorum ut opinionem demonstrarem esse vanam plura quam putarem: sed pauciora quam possem ob brevitatis gratiam in medium adducam.» Y sigue demostrándolo todo cumplidamente en el tomo y lugar citados arriba.

³ Magnitudinem autem sublimitatemque animi vere Regii, qua magnificentia munerum et donorum in suos et arcium munitarum, regiarum, pomeriorum... omnes qui ante illum in Hispania regnarunt reges antecellit.» Martín Navarro de Azpilcueta, ibid., pag. 333.

⁴ «Illis plane metricis temperantiae, modestiaeque characteribus insignissimus est, quod raro aut numquam uno die plus, neque pluries edat aut bibat, quam alio. Quodque iam inde á puero nullum unquam suæ, vel alterius ditionis, nec ullum famulum, etiam infimæ functionis... ullo verbo iniurio, nec irato incesserit, contentus blande admonere, ne iterum ita cura vacaret.» Azpilcueta, tomo I, pág. 333.

benignitate, serenitate ac frontis hilaritate: Con benignidad, serenidad y alegría en el rostro.

No hay espacio ya para añadir los demás elogios altísimos que el doctor Navarro de Azpilcueta escribió del Rey Felipe II en el volumen citado y en otras partes de sus obras, como, por ejemplo, en el *Tratado de la oración y Horas Canónicas*, donde afirma haber sido testigo de cómo D. Felipe no consintió jamás que ningún sacerdote le besase la mano, según costumbre de estos reinos, por veneración y respeto al estado santo. Y ahora menester es repetir al lector que Azpilcueta compuso esta gran apología del católico Monarca, siendo de avanzada edad, en tierra extranjera, sin pretender jamás cosa alguna de ningún poderoso del mundo, y sin esperanza siquiera de tornar á la madre patria por causa de su vejez. Ténganse, pues, como imparciales y dignos del mayor crédito los testimonios ya vistos del gran canonista español ¹.

Y aunque de la piedad y fe católica del Rey Prudente se ha de escribir después más por extenso, léase aquí copiada aquella célebre «respuesta del Rey Felipe II á los conquistadores de las Islas Filipinas», luego que pretendieron desampararlas; «porque para conservarlas avian de ser mayores las costas que los provechos». Respondióles así Su Majestad: «que por sola la conversión de un alma de las que avian hallado daría todos los tesoros de las Indias; y quando no bastaran aquéllos, daría todo lo que España le rendía, de bonísima gana; y que por ningún acontecimiento avía de desamparar ni dexar de embiar predicadores y ministros que diessen luz del Santo Evangelio á todos, y quantas provincias se fuessen descubriendo por muy pobres que fuessen y muy incultas y estériles, porque á él y á sus herederos la Santa Sede Apostólica les avia dado el oficio que tuvieron los Apóstoles de publicar y predicar el Evangelio; el cual se avia de dilatar allí y en infinitos Reynos quitándoles

¹ Martín de Azpilcueta fué natural de Navarra, y es por tanto citado entre los sabios con el nombre de Navarro. Estudió y leyó en las Universidades de Alcalá, Salamanca y Coimbra; y muerto nonagenario en Roma, fué sepultado en el templo de San Antonio Paduano, al acabar del siglo XVI.

el imperio á los demonios y dando á conocer el verdadero Dios sin esperanza alguna de bienes temporales» ¹. Respuesta digna, no ya de Felipe II, sinó del Papa más santo y celoso por la gloria de Dios y bien del género humano ².

¹ Tablas Chronológicas compuestas por el P. Claudio Clemente, de la Compañía de Jesús.—Tabla Chronológica del Gobierno eclesiástico y secular de las Indias, pág. 228. En Valencia, año de 1689.

² ¿Por qué, pues, ha de parecer extraño que aquel nuestro gran poeta Lupercio de Argensola, asombrado de la mucha fama, poder, piedad y justicia del Monarca, exclamara inspirado:

«En estas santas ceremonias pías (a),
A donde tu piedad, Filipo agosto,
Con admirables rayos resplandece,
Verás como dejando el cetro justo,
Después de largos y felices días,
Al nuevo tronco que á tu sombra crece,
Nuestra Madre Santísima te ofrece
Los mismos cantos y la mesma palma;
Y ya nos muestra como en cierta idea
Que tal quiere que sea
La gloria entonces de tu cuerpo y alma:
Y que al inmenso templo que dedicas
Al gran levita que en la ardiente llama
Examinó la de su amor divino,
Ha de venir devoto el peregrino,
No sólo convidado de su fama
Por contemplar las aras de oro ricas,
Sino á probar si á su congoja aplicas
Saludable remedio desde el Cielo,
Como lo das á todos en el suelo.
Tú enseñado á escuchar humanos ruegos,
Y á ser común defensa de los hombres,
Serás de todos ellos invocado;
Y justamente uniéndose los nombres
Tendremos dos Filipo y dos Diegos,
Y un altar solo á entrambos dedicado,
Que pues has con tu mano levantado
El primero que á Diego se dedica,
Aquí y allá serás su compañero,

(a) Lupercio de Argensola en su bellísima *Canción á Felipe II en la canonización de San Diego*. Harto bien recordará el lector las fiestas tan solemnes que el Católico Monarca celebró y mandó celebrar á honra del humilde lego franciscano San Diego de Alcalá, que es precisamente lo que canta aquel renombrado poeta.